



El origen de «El Gatopardo»

Los primos de Giuseppe Tomasi, príncipe de Lampedusa (bajo estas líneas, un retrato suyo) eran los extravagantes hermanos Piccolo di Calanovella. Vivían en una mansión junto al mar en Capo d'Orlando, un bellissimo enclave en la provincia de Messina ¿Qué se forjó en aquel enclave? Nada más ni nada menos que el contexto, el humor, la inspiración, los penetrantes e inolvidables retratos humanos, el continuo e indesmayable ejercicio de la ironía, los iluminadismos y desencantados comentarios, el infalible ojo clínico, las pormenorizadas y a la vez panorámicas visiones de conjunto, los suaves sarcasmos introducidos en toda una trama siciliana, al tiempo que universal, de la que surgiría una de las más grandes obras, novelas, de nuestra modernidad: «El Gatopardo». Sobre estas líneas, el manuscrito de la novela que Lampedusa escribió entre 1954 y 1957.



pilados mucho después, dedicados a Stendhal, a la literatura francesa del XVI o a la inglesa en general.

Antes de fallecer, Lampedusa, que no había tenido hijos con su esposa, una rígida y dominante baronesa báltica, psicoanalista de profesión, adoptaría a un joven pariente suyo, Gioacchino Lanza, hijo del conde de Mazzarino. Con el tiempo, este joven intelectual, musicólogo y ex director del Teatro de San Carlo de Nápoles, se convertiría en su más cualificado y devoto heredero. De igual y gigantesca erudición, compilador y prologuista de todas las obras de su famosísimo padre adoptivo.

Infectados de cultura

Este es el caso de la obra ahora publicada por vez primera en nuestra lengua. Lanza es el encargado de introducir esta deliciosa e impagable correspondencia de entreguerras. El epistolario de una brillante generación de jóvenes europeos, infectados de cultura, de sentido del humor, de sutiles referencias literarias y parodias, que viajaban y comentaban cómplices, «con ojo infalible y mirada caustica», como dice Gioacchino Lanza, «la comedia del mundo».

Y lo hacían refiriéndose a círculos privados, centros de su mundo aristocrático conocido, como era el Círculo Bellini de Palermo, o paseando por grandes hoteles, embaja-

das, castillos, universidades como Oxford y Cambridge, museos, cines y cafés de Europa, poco antes de que el desastre se cerniera sobre su amado continente.

En su mundo en clave, todos ellos representaban un papel y todos se habían adjudicado un sobrenombre. El joven príncipe sería – y firmaría las cartas – como El Monstruo. Con un humor vetado sin cesar por suaves toques provenientes de su adorado Chesterton, lo que una y otra vez destacaba era la desopilante autoironía que utilizaba en sus cartas, hablando de él sin cesar en tercera persona.

Este es el caso de una carta escrita en tono de queja desde el Great Central Hotel de Londres, en julio de 1927, dirigida a sus primos: «El Monstruo ha seguido escribiendo. Ha dilapidado los tesoros de su sabiduría, de su cultura, ha hecho brillar todas las caras de su polidébrica personalidad [...] Y vosotros, puercos, no habéis sabido contestar al pobre Monstruo, lejano, solitario, errante».

Excéntricos

Los primos de Giuseppe Tomasi, príncipe de Lampedusa eran los extravagantes hermanos Piccolo di Calanovella: Casimiro, Lucio y Giovanna. Lucio sería descubierto como poeta a final de los años 60, y en parte sería este el acicate que empujaría a Lampedusa a publicar su obra maestra, largo tiempo madurada en su cabeza. Los Piccolo – como dice en otra espléndida introducción complementaria el conocido crítico literario, gran especialista en la obra de Lampedusa, Salvatore Silvano Nigro – eran «exquisitamente excéntricos».

Vivían en una mansión junto al mar en Capo d'Orlando, un bellissimo enclave en la provincia de Messina. Allí tenían su propio «reino encantado» donde se fundía lo fabuloso, lo mágico, los libros leídos en todas las lenguas, aprendidos y recitados de memoria con larguísima citas eruditas entre mezcladas de incasantes juegos literarios que disfrutaban entre ellos, al resguardo de atónitos y no iniciados ojos de extraños.

Cazafantasmas de ayer, de hoy y de siempre

Este compendio de «formas» fantasmagóricas va de la Antigüedad al siglo XVIII. Sorprenden más que asustan

de nombres propios tan famosos como Heródoto, Plinio el Joven, Luciano de Samósata, Suetonio, Plutarco o Lucano, entre otros. Sin embargo, la parte segunda del libro, consagrada al Medioevo nos depara muchas más sorpresas, pues no todo el mundo culto ha discurrido por la obra de autores como el Pseudo-Prócuro, el monje cluniacense Rodolfo el Glabro, el cisterciense teutón Cesáreo de Heisterbach o el benedictino francés Guibert de Nogent, por citar solo cuatro nombres. La profesora Guzmán nos guía por los vericuetos fantasmagóricos de esos y de otros muchos autores medievales, dándonos a conocer de primera mano una serie de textos enormemente interesantes sobre el mundo espectral de los que no existía traducción previa en castellano.

Fantasmas, apariciones y regresados del más allá



Alejandra Guzmán
Sans Soleil,
2017
234 páginas
18,50 euros
★★★★

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Alejandra Guzmán es doctora en Filología Clásica y profesora del Departamento de Filología Latina de la Universidad de Barcelona. Se interesa en la recepción de textos antiguos en época moderna. Hay que felicitarla por haber urdido una trama singularmente divertida, simpática y ajena por completo a la aburrida erudición académica habitual, trayéndonos a nuestro cuarto de estar a todo tipo de fantasmas surgidos de la imaginación humana desde la Antigüedad hasta el siglo XVIII de Augustin Calmet, máximo especialista en vampiros y en *revenants* de la centuria supuestamente ilustrada.

NOS DA A CONOCER TEXTOS INTERESANTES SOBRE EL MUNDO ESPECTRAL QUE NO HABÍAN SIDO TRADUCIDOS

La parte primera del libro está dedicada a los fantasmas de Grecia y Roma. Comienza con una introducción teórica para centrarse, a partir de la página 45, en los principales textos *ad hoc* que se han conservado del periodo grecorromano, desde Homero a Flegón de Trales, cuyo tratado *De las maravillas* ha venido haciendo temblar a sus lectores desde hace casi veinte siglos. Al frente de cada texto seleccionado figura, en letra de cuerpo más grande, una introducción muy didáctica y bien escrita a cada autor. Alejandra Guzmán se hace cargo también de la inmensa mayoría de las traducciones, ofreciéndonos un florilegio sobre el tema que no existía en español hasta la fecha.

En la Edad Antigua no es difícil reconocer los perfiles de los autores escogidos. Se trata

Los «brucolocos»

El libro es tripartito y lo clausura un último apartado que, siguiendo un orden cronológico, se titula «Los inicios de la Edad Moderna». Los tres epígrafes teóricos que preceden a la selección de textos versan sobre la tratadística demonológica y lo que la autora denomina «la consolidación del terror». Aquí podemos encontrar pasajes de autores hispánicos de culto como Antonio de Torquemada o Martín del Río, pero también de

Alessandro de Alessandri, abogado napolitano de comienzos del XVI, de su contemporáneo el ocultista Girolamo Cardano, amigo de Da Vinci, o del aristócrata inglés Reginald Scott. Cierran el libro dos autores muy citados entre los vampirófilos, León Alacio, teólogo católico griego del siglo XVII que en su *De Graecorum hodie quorumdam opinionibus* (1645) habla por vez primera de los siniestros «brucolocos», especie de vampiros a los que se referirá más tarde el abad Calmet.

En las «Conclusiones» finales, Guzmán nos habla de las tres grandes líneas que definen los relatos de aparecidos: la tradición, o sea, la autoridad de los clásicos; el sistema religioso en el que se integran los relatos, y *last but not least* el sistema de creencias populares, que trasciende el peso de la tradición y de la ortodoxia religiosa.